

# RAFAEL POMBO

## SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA (1)

Señoras y señores:

La feliz circunstancia de hallarme en medio de vosotros, de sentir las suaves caricias de este ambiente saturado de poesía, de nobleza y de austera ensoñación, me predisponen favorablemente para dirigiros la palabra, y evocar la imagen de aquel varón tan colombiano en todo, cuya fecha centenaria estamos conmemorando ahora.

La amistad que, conforme es más sincera tanto más solicita y requiere, y deforma los contornos, y quiere hacer brotar fuentes caudalosas de áridos peñascales, la amistad, ha realizado lo que yo tanto soñaba: el contemplar vuestro valle y el habitar en esta ciudad apellidada señora, que en sí compendia las excelencias del espíritu, como las bellezas atesoradas aquí por la naturaleza, y que en esta porción de tierra colombiana se ostenta pródiga e inexhausta y nos deslumbra y ananada, sin que acierte la vista a discernir tanta profusión de luz que matiza los objetos todos, verificando el verso de nuestro poeta:

El milagro de luz que nos rodea,  
o aquel otro que patentiza un estado del cantor semejante a éste de que ahora adolezco:

Ese exceso de luz que impide ver.

Pensando y repensando en estos versos, dime a cavilar en ellos con tanto ardor, que al fin logré se me grabasen en la memoria, y siempre que me hallo en presen-

(1) Conferencia leída en el Paraninfo del Colegio Académico de Buga el 22 de diciembre de 1933.

cia de análogo espectáculo de la naturaleza, siento un inexplicable consuelo, al recordar cómo un poeta y de los más grandes que hayan escrito en lengua castellana, experimentara la misma sensación que yo, simple mortal, y ajeno a la expresión lírica.

Empero, aunque mucho los repitiese y sintiese su música, y meditase en su significado, nunca había logrado armonizarlos tan por entero con mi propio estado de alma, que mi visión correspondiese a la del poeta, arrobado y enceguecido por la contemplación del objeto, que así solicitaba una claridad más discreta, una más perfecta y recatada intimidad, que brillara sin abrasar, estrechando el abrazo del amante con el objeto amado, en la opaca penumbra de un bosque, donde aún perduran las huellas sangrientas que, en su dolorosa peregrinación, dejó estampadas el romántico cantor.

Como el súbito zigzaguar del rayo que, en noche caliginosa nos descubriera un sendero perdido en el repliegue de la montaña, tal me fue dado desentrañar el secreto contenido en esos versos. Y no extrañéis este fenómeno; una cosa es entender lo que el poeta quiso decir, y otra muy distinta sorprender el momento mismo de la inspiración.

Ese *exceso de luz que impide ver*, aún no me había sido dado comprenderlo en mi ciudad nativa, donde un cendal de niebla lo encubre todo, y donde la alegría misma, como dijo alguien de Bretaña, es un poco triste. Sólo aquí me fue revelado el misterio: en esta comarca edenal, donde canta la cigarra ateniense, donde el espíritu se espacia con más holgura, y se regocija con la perenne frescura de la tierra.

Por todo ello pensé que no existía tema más apropiado para hablar ante vosotros, que considerar, siquiera sea brevemente, las influencias que Pombo recibió de la naturaleza, y los desengaños experimentados por él en su diaria intimidad con esa nodriza de dolores, y perpetua suscitadora de conflictos.

Ahondar en la obra poética de Pombo, penetrar en la selva tupida de sus versos, percibir el mágico encanto de sus estrofas, abarcar en toda su integridad la recóndita generación de su pensamiento, equivaldría a penetrar en la región del trópico, para encumbrarnos en seguida a la cima circundada de nieve, sin cuidarnos de las borrascas ni de los temporales, ni del ardor de los climas, desgarradas las manos, latiendo apresurado el corazón, las entrañas abrasadas por la sed devoradora.

Sólo al poeta le es dado sorprender los secretos de la naturaleza, entrar en comunión con ella, y transfundirse en su seno. No obstante, este maridaje entraña una disciplina previa, una al modo de similitud, ya que no de identidad, porque las operaciones del universo en nada se asemejan a las del hombre, y éste como contemplador sabio y sentimental no hace sino comparar su propia vida con la vida inanimada de las cosas, y establecer una especie de ecuación, cuya incógnita persiste como un interrogante gigantesco entre el cosmos y el espíritu, entre el sujeto y el objeto, entre el ser y el parecer, realzando así la pequeñez humana, y sublimando al mismo tiempo al hombre que supo descifrar este arcano incomprensible, no por misterioso menos abismal e inquietante.

Como aquellos espejos de singular hechura que, empuñando los objetos, reflejan en su superficie una muchedumbre de cosas que, a ojos vistas, resultaría imposible de abarcar en su conjunto, así me figuro al poeta empeñado en contemplar la naturaleza, haciendo intervenir su propio yo, es claro, porque sin él la creación poética sería casi nula, y no es dable concebir la objetividad absoluta, ya que el hombre no pierde su carácter de tal enfrente a la obra bella, y ésta no existiría sin el concurso del contemplador consciente, único ser capaz de vivificar el universo, de prestarle sus propios sentimientos, de animar ese conjunto, de crear en fin un mundo propio en el cual vive y se agita.

Tal es a mi entender el fin primordial del Romanticismo. Palabra es ésta que pone en muchos una sonrisa de desdén, porque no se dan cuenta de su real significado, ni son capaces de medir los alcances que ella tiene. Para muchos decir romanticismo equivale a un llanto sempiterno con sus correspondientes desmayos y alardes de patética sensiblería. Los que así piensan no reparan en que toman los efectos por la causa, y que, por ende, se hacen incapaces de explicarnos las razones que originan ese estado morboso.

Yo creo que Romanticismo ha habido desde que el hombre experimenta esa emoción ante lo incognoscible, esa angustia suprema ante el silencio de los espacios infinitos de que hablaba Pascal, esa desproporción entre lo que somos y lo que debíamos ser, ese querellarse de nuestra alma sedienta de Dios, esa contradicción entre el ángel y la bestia, que describió con elocuencia trágica y desgarradora el autor de los *Pensamientos*. Románticos fueron los hebreos en su lenguaje cargado de metáforas y caldeado por la inspiración más sublime; romántico fue Virgilio al expresar la perenne tristeza de las cosas; y si ahondásemos más, Homero mismo se nos haría algo compasivo en ciertos pasajes de sus rapsodias, sólo que el genio griego ahogó sus sollozos, y presto enjugó sus lágrimas, a trueque de conservar ante la historia su sonrisa sempiterna, don preciado de los dioses.

Tal vez no sería aventurado afirmar que el romanticismo, tan antiguo como el mundo, ha perdurado siempre y perdurará tanto como el hombre, en el cual es inherente el dolor y el sufrimiento. Mas, ha habido épocas en la humanidad más propicias que otras para el desarrollo de la sensibilidad romántica, y más apropiadas para que el sentimiento prosperase adueñándose de todos los espíritus, e imponiéndoles sus propias tiránicas leyes.

Apoderóse de los poetas el *espíritu de vértigo*, a comienzos del siglo pasado, y ya no estaban conformes

con los cánones inflexibles de la clásica preceptiva; que-  
rían mezclarse a la naturaleza, exhibir el yo, tan mísero  
y doliente a veces, pero al fin y al cabo ese yo, que  
reaccionaría fatalmente en presencia de la naturaleza o  
se refundiría en ella, absorbido por la fuerza cósmica,  
tanto más poderosa cuanto más débil e impotente fuera  
el hombre que así audazmente penetraba en la selva  
oscura, sin caer en la cuenta que la simple sensibilidad  
viene a quedar anulada por la fatalidad inexorable de  
las cosas, que *no dan saltos*, que se armonizan y com-  
penetran a maravilla, que quieren favorecer al hombre,  
siempre y cuando que éste penetre en su santuario por  
lentas y sabias iniciaciones, y no de repente y por asalto,  
porque entonces es grande y lamentable su descalabro.

Rafael Pombo nacido en el punto y hora en que el  
Romanticismo europeo hacía suyos, por derecho de con-  
quista, todos los espíritus y todas las voluntades, es el  
ejemplar acabado del poeta, y el único que, como tal,  
realizó en Colombia la revolución romántica, Incompleta  
en manos de muchos, sólo en él total y armónica. Pre-  
cedióle José Eusebio Caro, el poeta que más se le ase-  
meja, si no por el colorido de la expresión, sí por el  
arranque genial, y la sabia estructura de sus versos,  
que en Caro era fruto de meditado estudio, depurado  
por la meditación filosófica en el talento poético más  
original y extraño. Ya en otra ocasión tuve la oportu-  
nidad de establecer las diferencias entre Pombo y Caro  
como poetas, y no tengo voluntad en repetirme. Sólo  
agregaré en lo tocante a nuestro objeto, que la natura-  
leza entrevista por Caro es un accesorio del cuadro  
espléndido en que el hombre, el patriota, el amante, se  
mueve al compás de sus íntimos afectos, de su pasión  
desbordante, de su ansia de perfección. En Pombo, hom-  
bre y naturaleza forman un todo adecuado imposible de  
separar, so pena de verle reducido a menudo polvo.

Todo en Pombo era original y extraño: cuerpo en-  
deble, andar vacilante, semejava un viviente escombro,  
o el amarillento cráter de un volcán retostado por el  
fuego interior, que desbordaba con ímpetu avasallador  
e incontenible de aquel espíritu todo pasión, que con-  
sumió su propio corazón, iluminando su alma con los  
destellos de toda belleza, de todo amor y de toda eter-  
nidad.

Figuráos al poeta, tal como nos lo describen quie-  
nes lo conocieron, y reparad en la singular antinomia  
que Pombo entraña. Admirad aquella voluntad de amar  
y de ser amado, a despecho de la fealdad física, apa-  
rente desarmonía resuelta por Pombo en sus versos, en  
los cuales si nos atenemos a la letra y al sentido, re-  
sultaríamos el cantor un arrogante mancebo, una espe-  
cie de Byron, sediento de todos los deleites, abrasado  
en todos los ardores, y cuya faz apolínea rinde el deseo  
y la voluntad de quienes por vez primera lo contem-  
plan. Luego en Pombo, el hombre tal como fue, poco  
nos importaría, si su obra no estuviese atestiguando  
el perpetuo contraste, como lo insinué al principio, entre  
el sujeto y el objeto, entre el artífice y la obra, y entre  
la endeblez del instrumento que así desencadena,

Esas trombas de lírica armonía  
Infiernos de pasión divinizados  
En que nos arrebatan a porfía,  
Todos los embelesos conjurados.

Siempre he creído que en Pombo el conflicto vital  
fue más violento que en otros poetas, en quienes el  
deseo, al menos, se hallaba compensado con los medios  
adecuados de que disponían. Pombo amó toda hermo-  
sura, la plasmó en imágenes, y suspiró por su realización  
acá en la tierra. Pero a semejanza de aquellas visiones  
que se encarnan un momento y, al punto de abrazarse  
con ellas desaparecen, sin dejar huella de su paso, el

poeta jamás logró juntar amorosamente los brazos, exclamando con acento lastimoso y desengañado:

No ya mi corazón desasosiegan  
Las mágicas visiones de otros días.  
Oh patria, oh casa, oh sacras musas mías.  
Silencio! Unas no son, otras me niegan.

Los gajos del pomar ya no doblegan  
Para mí sus purpúreas ambrosías,  
Y del rumor de ajenas alegrías  
Sólo ecos melancólicos me llegan.

Qué dolor el que entraña esa postrera confesión suya!  
Qué íntimo desengaño de los hombres y de las cosas!  
Y fijaos bien cómo la imagen de la naturaleza acude a él cuando quiere darnos la visión cabal de un estado de alma. Y cómo no! si Pombo vivió en perpetua comunión con ella y a los veinte años de su vida, quería sumarse a esa fuerza latente que en dondequiera se manifiesta:

Yo quiero movimiento, vuelo, espacio,  
Guerra, mar, tempestades, huracán;  
Golpes de esos que matan o subliman  
Grandeza en el placer y en el pesar.

Y a este *allegro*, sucede un *scherzo tempestuoso*, revelador de las tempestades que se agitaban en su seno:

O en todas partes como el viento  
En incansable agitación,  
Volando en pos del pensamiento  
Sin dejar nunca paz ni aliento  
A este mi huésped descontento,  
Impertinente corazón.

Con todo el mundo por camino  
Con el antojo por destino  
Y éter excelso por maná;  
En transportado torbellino  
Siempre buscando un más allá.

Esta es la ambición del romántico: buscar un *más allá*, cabalgar en los elementos hasta perforar el misterio encubierto por las apariencias visibles; emprender viaje hacia un mundo ideal, sólo soñado por él, refundirse en el alma universal, pero conservando su yo, que atestigüe su existencia; peregrinar cantando sin ley que lo estorbe, ser una fuerza viva de la naturaleza en nada diferente de las que trascienden al mundo físico, pero fuerza inteligente y consciente, ser en fin aquella «alma de cristal, alma de mil voces que Dios puso en el centro de todas las cosas como eco sonoro», al decir de Víctor Hugo.

Esta es la primera etapa que el romántico tiene que recorrer; el primer contacto con la naturaleza, aún no conocida por él sino intuída vagamente y superficialmente considerada. Zona de vaguedad, porque aún la causa no ha sido entrevista y sólo se contemplan los efectos inmediatos que al poeta se le antojan empeños fácilmente realizables. Y como Pombo identificó amor y naturaleza en un solo objeto, imaginaba lograr fácilmente el primero, y apoderarse de la segunda mediante un mínimo esfuerzo. Amor y naturaleza: los dos polos en que discurre el espíritu de Pombo; amando la naturaleza creyó entrever la ley de universal amor, que a todas las almas enlaza y unifica. Y así procede el poeta: primero repara en el mundo que lo rodea, cree dominarlo por entero, imagina que conocer es poseer, y que el objeto anhelado se halla a su inmediato alcance;

Entonces yo dentro mi ardiente pecho  
Las alas del querub nacer sentía,  
Vagaba solitario y me creía  
Tocado de tu espíritu Señor.

Desparecía bajo mi planta el mundo;  
Creaba otro mundo, en él me coronaba,  
Y horizontes inmensos desplegaba  
De gloria y luz, felicidad y amor.

Imagínase el romántico, aún no madurada en él la reflexión, y con una imagen falsa del mundo, que es dueño absoluto de la vida, cuya conquista le es fácil y hacedera, con sólo amar apasionadamente. poseído de inquietud febril, henchida el alma de esperanzas, y cabalgando brioso corcel que arrolla cuanto encuentra a su paso. Mas, bien pronto surge una voz que lo detiene en su loca carrera; voz desacompañada, voz de la naturaleza que ha fruncido el entrecejo, y desceñido su traje de gala, y velado su esplendidez con el *sayal melancólico de duelo*, y donde antes germinaban las flores véanse ahora cardos y espinas punzadores; truécase en sangre el arroyo cristalino, y todo anuncia la inmediata proximidad de la *noche oscura* del corazón.

De este conflicto entre la razón y el sentimiento nació la *Hora de tinieblas* escrita cuando Pombo apenas alcanzaba los veintidós años de su edad. Hallábase abandonado de los hombres y lejos de la patria. Furioso vendabal azotaba los árboles, despojándolos de las hojas marchitas, en aquella tarde otoñal. Una multitud febril se arremolinaba como las olas de un mar embravecido, para proseguir indiferente su camino:

Por qué estoy en donde estoy  
Con esta vida que tengo,  
Sin saber de dónde vengo  
Sin saber a dónde voy;  
Miserable como soy  
Perdido en la soledad,  
Con traidora libertad  
E inteligencia engañosa  
Ciego a merced de horrorosa  
Desatada tempestad.

¿La naturaleza?—se diría el poeta—¿Qué me importa la naturaleza? Creí conocerla y ahora comprendo que me engañó; confiado me entregué a ella, y élla, me traicionó al cabo:

Qué importa oh sol tu esplendor  
Jugando en mil gayas lumbres,  
Desde las nevadas cumbres  
Hasta la nítida flor!  
Qué importan noches de amor  
Tus cariñosas estrellas!  
Ah! tantas cosas tan bellas  
Que provocando a llorar,  
Parecen hoy extrañar  
Delicias que vieron éllas!

Y la humanidad que sufre de los mismos males que al poeta aquejan tal vez se compadecerá de él y una mano suave se posará sobre su frente ardorosa? Ni ese consuelo tiene el doliente cantor. Los hombres también sufren pero no son poetas, y por lo tanto no sienten como él. Esa muchedumbre que transita, sólo le causa un Inmenso fastidio:

Gente.... y más gente.... y más gente  
Pasa delante de mí;  
Oh qué triste es ver así  
La humanidad en torrente!  
Ignoro cuál es su fuente  
Y en qué mar se perderá,  
Mas, de cierto juro ya  
Que en el sér de cada uno  
El escozor importuno  
De la desventura va.

¿Qué desesperación! Eliminará su propia vida suprimiendo el yo objeto de tantas desventuras? Ah, no!; escribirá un canto en que la blasfemia se eleve hasta Dios; ya no se aspirará como *tromba sedienta de verdad y de amor en el mar de la eternidad*; concitará sí los elementos, produciendo la confusión, el caos y el anodamiento final.

Y así la *Hora de tinieblas* quedaría inconclusa filosóficamente, y el poeta vencido como el Satanás de Milton, cayendo con sordo estrépito a la tierra. La misma

pobreza del razonamiento nos dice claramente cuán lejos estaba Pombo de la verdadera poesía filosófica. Diremos sí que en Pombo ese momento era explicable; fatalmente tenía que llegar allí. Era romántico de pies a cabeza, y vosotros sabéis lo pobre que ha sido en los románticos el elemento reflexivo. Ni Lamartine, ni Hugo filosofaron de propósito, y cuando lo hicieron erraron lamentablemente. Sólo Vigny logró aquel empeño, sometiéndose a la rígida disciplina de la razón, templada en el sufrimiento de los estoicos.

Diríase que el poeta se halla empeñado en aniquilar su mundo interior. Nada le place: dondequiera encuentra silencio, oscuridad, desolación. El *eterno femenino* desaparece también para él. Peregrinando en Broadway pasará revista a las beldades que por allí desfilan; las comparará con las bellezas latinas, recordará a su patria ausente donde al menos hay sentimiento, hay amor,

Ay del que mira el fascinante ejército  
Que ante sus ojos desfilando va!  
Ay del que adormecido en lago plácido  
Del Niágara al rugir despertará!

Lindas como esos iris, risa falaz del Niágara;  
Vagas como ellos y caprichosas,  
Efímeras como ellos,  
Cruelles cual ese abismo de aguas y de cadáveres  
Que eriza los cabellos...  
Y así atrayentes, vertiginosas!

Todo es pasión y vida bajo su frente angélica,  
Como en sus altas cóleras el espantoso río.  
Su corazón? Miradlo, oíd clamar sus víctimas!  
En ese abismo oscuro.. sordo.. insaciable.. frío!

Y el poeta obsesionado con lo que ve, lanzará después amargos reproches, en *Angelina*, no ya contra las norteamericanas, sino contra la mujer misma:

Felino sér que se acaricia él mismo  
Cuando parece acariciarnos grata;  
Siempre con el más digno es más ingrata;  
Y es mayor lauro la mayor traición.

.....  
Y adoramos quizá, puestos de hinojos  
A quien hollar debieran nuestro pies!

Ah! ya al menos tiene a quién echarle la culpa de sus males: a la mujer que lo desdeña. Pasó la desesperación de la *Hora de Tinieblas*, y Pombo trata de hallar la clave de su misantropía. Visita el Niágara y quiere confundirse en sus raudales. Surge entonces ese maravilloso canto en que alternan los afectos encontrados del poeta, los recuerdos familiares, que hacen de este poema una obra tal vez única en la literatura castellana, y que en nada se asemeja a las precedentes, venciendo el poeta colombiano por el vigor de la entonación, y la novedad de las imágenes, que a veces recuerda a Hugo y otras a Leopardi. O mucho me engaño, o en este canto se caracterizó Pombo definitivamente, entrando de lleno en su segunda manera. Oído:

Divino anfiteatro  
Do entre un misterio de borrasca y nieblas  
Luchan, cual en eterna pesadilla,  
Monstruos de roca y Amazonas de agua.  
En mí no hay lucha, nó; y en tu presencia,  
Más que tu alta beldad, me maravilla  
Mi absorta postración, mi indiferencia.

En dónde estará el alma del poeta? No en las cascadas saltantes y espumantes; no en la niebla que las cubre, ni en la actividad de las fuerzas naturales.

Ese lago de leche que dormido  
Yace a tus pies; esas tendidas hojas  
De cuajada esmeralda, opacas, turbias,

Manto marino que tu cauce vela,  
 Cuyas inertes, aplanadas olas  
 Atónitas al golpe, ignoran dónde  
 Seguir corriendo; ese ancho remolino  
 Que abajo las aguarda, y retorciéndose  
 Al empuje del mar que lo violenta  
 Yérguese al centro, y cual pausado boa  
 En silencio fatal se enrosca, y nunca  
 Suelta la presa que atrayente arrolla;  
 Allí más bien estoy; ése el mar muerto  
 De mi existencia, y el designio arcano  
 Que en giro estéril me aletarga y me hunde.

Si el hombre sufre podemos culpar de ello a la naturaleza?

No, nada alcanza a dar pavor en toda  
 La alma naturaleza; el mal más grave  
 Que hace es un bien: servirnos una tumba,  
 Un lecho al fatigado. Ella es un niño  
 Siempre inocente, y candorosa y dulce,  
 Nodriz en fin que la bondad del Cielo  
 Concedió al hombre....

Ante el soberbio espectáculo que tiene presente, el poeta no puede menos de exclamar con acento evocador y sublime:

En tí parece que comienza el mundo  
 Soltándose de manos del Eterno,  
 Para emprender su curso sempiterno  
 Por el éter profundo.  
 Eres el cielo que a cubrir la tierra  
 Desciendes, y velada en blancas nubes  
 La majestad de Dios baja contigo.

Y luégo compara la belleza constante de la naturaleza, su vigor inexhausto, con su propio yo, tan voluble e inconstante:

Siempre nuevo, brillante, en movimiento,  
 Siempre fecundo, poderoso y fuerte  
 Como el vivo raudal de hirviente savia  
 Que de los pechos deslumbrantes brota  
 De la madre común Naturaleza,  
 Despliegas tu grandeza en tu caída,  
 Y alzas de aquel abismo al firmamento  
 El himno de la fuerza y de la vida.  
 Mas para mí la vida es un sarcasmo,  
 Mi mundo ha concluído,  
 Mi alma es hoy incapaz del entusiasmo,  
 Y al quererte cantar, mi canto fuera  
 Del despecho el rugido  
 O un de profundis de cansancio y muerte,  
 Por variar de tedio únicamente  
 A contemplarte, Niágara, he venido;  
 Y al volverte la espalda indiferente  
 Limpio de tu vapor mi helada frente  
 Y te pago tu olvido con olvido.

Y el cantor pasará como *fantasma evanescente*, desengañado de la vida, mientras el Niágara prosigue imperturbable su curso. Mas, al volver de los años, el espíritu de Pombo se cernirá en las aguas de la cascada, como alienta el de Lamartine en el lago de Bourget, o el de Víctor Hugo en aquella morada campestre, donde afirmó la eternidad del amor por sobre las mutaciones de la naturaleza.

Puede el romántico menospreciar el mundo exterior, culpando a las cosas inanimadas de los desdenes de que fue objeto. Empero, si el poeta, a fuer de hombre, advierte la sinrazón de aquel menosprecio, y repara cómo la naturaleza, cobrando la vida que él le dio, se revuelve contra él y le dice claramente que aquella vida era artificial y supuesta, y en un punto se deshace el mágico sortilegio imaginado por el poe-

ta, éste vuelve a encontrarse a sí mismo, y, pasado aquel desengaño, entona un himno de triunfo, y puede exclamar con Lamartine, en un verso que resume sus pesares pasados, y la esperanza en un mundo mejor, donde todo símbolo será realizado y todo deseo satisfecho con creces:

*Va terre, tu n'es rien! ne pensons plus qu'aux cieux.*

El amor se encargará de reconciliar a Pombo con la naturaleza, reconciliación esta vez definitiva y armónica. A esta época pertenece el *Preludio de Primavera* que inicia la última manera del poeta, aquélla en que vertió lo más puro de su sentimiento poético, en que la estrofa castellana adquiere en manos suyas aquella melodía incomparable, ese encanto indefinible, tan natural hoy para nosotros, que cuesta trabajo imaginar que, por algún tiempo se haya podido vivir sin la música divina de sus versos.

La aparición de la Primavera, con su cortejo de aves y de flores, que penetra en el seno del hogar donde aún arden los leños ya inútiles:

Déja ese hogar, nuestra invención mezquina;  
Ven a este cielo al inmortal brasero  
Con que el amor de Dios nos ilumina  
Y abraza como Padre al mundo entero.

Ven a este mirador; ven y presencia  
La primera entrevista cariñosa  
Tras largo tedio y dolorida ausencia  
Del rubio sol y su morena esposa.

Ella no ha desceñido todavía  
Su sayal melancólico de duelo,  
Y en su primer sonrisa de alegría  
Con llanto de dolor empapa el suelo.

No esperaba tan pronto al tierno amante,  
Y recelosa en su contento llora,  
Y parece decirle sollozante:  
Por qué si te has de ir, vienes ahora?

El palpitante de la naturaleza bajo la nieve, la brisa que lleva la miel a la flores, la luz que, como una mirada cariñosa, sacude el cuerpo y rejuvenece el corazón; la luz que rompe la cadena de hielo, y reanuda la plática interrumpida de las fuentes.

Al fin soltó su garra áspera y fría  
El concentrado y taciturno invierno,  
Y entran en comunión de simpatía  
Nuestro mundo interior y el mundo externo.

Intimidad de la naturaleza con el poeta; soplo vivificador que transforma al hombre y lo hace salir de sí,

Como ágil prisionero pajarillo  
Se nos escapa el corazón cantando,  
Y otro como él y un verde bosquecillo  
En alegre inquietud anda buscando;

O una arbolada cumbre deslizante  
Sobre algún valle agreste y silencioso,  
Desde donde cantar en duelo amante  
Un Dios tan bueno, un mundo tan hermoso;

Una vida tan dulce, cuando al lado  
Hay otro corazón que nos lo diga,  
Con un cerrar de mano alborozado  
O una mirada tiernamente amiga;

Puede la naturaleza renovarse; puede rejuvenecerse  
la tierra volviendo de nuevo,

Al jardín, con sus flores la sonrisa;  
Y al mustio prado la opulenta alfombra;  
Rumor y olor de selvas a la brisa, del  
Y al bosque los misterios de su sombra;

¿Y al poeta? ¿podrá éste transformarse al igual de la naturaleza? ¿Acaso el romántico disfruta de los mismos regocijos que él advierte en todas las cosas? Pombo vacila, y su incertidumbre se manifiesta en esa interrogación, que transporta a otro tono la melodía del verso:

Nuevo traje de fiesta a todo duelo,  
Nueva risa de olvido a todo llanto;  
Y a mí? ... Tal vez el árido consuelo  
De recordar mi dicha al són del canto.

El poeta colombiano llega al mismo punto a donde llegaron Lamartine, Hugo y Musset. Peregrinará por los mismos sitios donde antes anduvo triste y desafiado.

Quizá, como a su cebo emponzoñado  
Vuelve la fiera que su mal no ignora,  
Iré, ya solo, y triste y olvidado,  
A esos parajes que mi mente adora...

No así la amada, unida a la naturaleza por misteriosas afinidades:

Tú que aún eres feliz, tú en cuyo seno  
Preludia el corazón su abril florido;  
Vaso edenal sin gota de veneno;  
Alma que ignoras decepción y olvido:  
.....  
Ven a ver cómo entre su blanca y pura  
Nieve, imagen de ti resplandeciente,  
También a par de ti, la gran Natura  
Su dulce abril con júbilo presente.

No verás flores. Tus hermanas bellas  
Luégo vendrán, cuando en el campo jueguen  
Los niños coronándose con ellas;  
Cuando a beber su miel las aves lleguen.

Verás un campo azul, limpio, infinito,  
Y otro a sus pies de tornasol de plata,  
Donde, como en tu frente, ángel bendito,  
La gloria de los cielos se retrata.

Pombo cierra este canto con una de esas estrofas que sólo él sabía cincelar, y en que compendió el concepto que del recuerdo tenían los románticos:

Nada hay más triste que un alegre día  
Para el que no es feliz; pero en mi duelo  
Recordaré a la luz de tu alegría  
Que un tiempo el mundo para mí fue un cielo.

El amor de la mujer se confunde con el amor a la naturaleza: principal característica del genio poético de Pombo, y que lo diferencia hondamente de los restantes románticos colombianos. El verso suyo tiene un timbre inconfundible, una resonancia perdurable. No puedo menos de recordar unas estrofas de *Siempre*, verdadero canto de amor, que hace pensar en un *Largo*, descrito por violas acongojadas y violoncelos trémulos y sedientos de eróticas caricias:

Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo  
Acumular los años sobre tí.  
Mi corazón sacude el turbio velo,  
Y siempre te hallo, oh dádiva del Cielo!  
Fresca y radiante en mí.

Porque a mí te envió El, y yo he guardado  
Tu mejor luz en ánfora inmortal.  
Porque a cosas de Dios morir no es dado,  
Y eres tú claro espíritu encarnado  
En diáfano cristal

.....  
La tarde de la vida, árida y fosca,  
Pide un hogar con su genial calor.  
Si él falta, hurraño el corazón se embosca,  
Y la memoria en torno a sí se enrosca  
Cual, serpiente en sopor.

Así, vuelta la espalda a lo presente,  
Que, sin el ser por quien vivir sentí,  
Es noria vil, bullicio impertinente,  
Torno a buscar mi sol, mi cara fuente,  
Mi cielo, urna de tí.

Voy para atrás, pisada por pisada,  
Recogiendo el rumor de nuestros pies,  
Repensando un silencio, una mirada,  
Un toque, un gesto. . . . . tanto que fué nada  
Y que un diamante hoy es.

.....  
Hora, hora mismo, en alta noche oscura  
Mi aurora boreal, surges aquí.  
Hay resplandor, hay brisa de hermosura,  
Alzo a ver, y hallo tu mirada pura  
Vertiendo tu alma en mí.

.....  
Ah! cuando osen a tí dardos y afrentas,  
Cuando te odies tú misma en tu dolor,  
Cuando apagada y lóbrega te sientas,  
Abre mi corazón. Allí te ostentas  
En todo tu esplendor.

—  
Dónde está él?—Donde tú estés. Bien sabes  
Que fue, por fiel a tí, conmigo infiel.  
Abrelo, que en tu voz están sus llaves;  
Pero, al mirarte en su cristal, no laves  
Lo que escribiste en él.

Las grandes dotes poéticas de Pombo, su visión penetrante de la naturaleza, su insaciable deseo de amar y de ser amado, culminan en el *Decíamos ayer*, la más perfecta quizá de sus poesías, juicio que comparto conmigo el señor Gómez Restrepo; porque si bien es cierto que allí está el mismo poeta del *Niágara* y de la *Noche de Diciembre*, esas inmensas cualidades suyas se con-

centran y esplenden en ese *poema sinfónico*, que no tiene rival en la poesía romántica hispanoamericana.

El tema le fue sugerido por una poesía inglesa de Ella Wheeler, mas, Pombo no se limitó a traducir, sino que fue edificando una obra nueva sobre el modelo, que hoy día nos parece pálido esbozo, al lado de las variaciones del poeta colombiano. Incomprensible misterio el de los poetas: Pombo a los veintidós años sólo es capaz de escribir cantos desesperados, y ya entrando en los sesenta, siente renovársele el corazón y canta la eternidad del amor, y conjura a la naturaleza, haciéndola partícipe de su propio yo, desbordante en la plenitud de su gozo.

Como Fray Luis tras de su largo encierro,  
«Decíamos ayer. . . .» también digamos.  
Han pasado años? En la cuenta hay yerro,  
O nosotros con ellos no pasamos.

Es el tema principal expuesto por el poeta; el recitativo de un coral, a cuya voz se unen otras voces, y otros instrumentos:

Donde ayer lo dejamos, dulce dueño,  
Recomencemos. Recogiendo amantes  
Los rotos hilos del antiguo sueño  
Sigamos arrullándolo como antes.

Respetuosa apartemos la mirada  
De tumbas que haya entre partida y vuelta;  
Y si hubiere una lágrima ya helada,  
Ruede al calor del corazón disuelta.

Se podrá amar con el mismo fervor de los años juveniles?

No es tarde, es tiempo. Olvida la ígnea huella  
Que el arador pesar cruzó en mi frente.  
Para mis ojos tú siempre eres bella;  
Yo para tí soy llama siempre ardiente.

Llama que hoy mismo a mi pupila•fría  
Surge desde el recóndito santuario,  
Pese a la nieve que en mi sien rocía  
El invierno precoz del solitario.

La imagen de la amada se perpetúa en los ojos del amante, que un día la contemplaron arrobados y fijos, y la amada recata en los suyos el misterio del amor mismo:

Mírame en estos ojos que tu imagen  
Extáticos copiaron tantas veces.  
Allí estás tú, sin lágrimas que te ajen  
Ni tiempo que interponga sus dobleces.

Búscame sólo allí, que yo entre tanto  
En los tiernos abismos de tus ojos  
Torno a encontrar mi disipado encanto,  
La juventud que te ofrendé de hinojos.

Mi juventud! espléndida al intenso  
Reverberar de tu alma ingenua y pura,  
Con brisas de verano por incienso  
Y por palma de triunfo tu hermosura.

Mi juventud! por título divino  
Espigadora en todo lo creado;  
Nauta en persecución del vellocino  
De cuanto fuese de tu culto agrado.

Las miradas escudriñadoras del sabio, las trombas de armonía lírica, las suavísimas auras de aquella cima a donde confluyen la verdad y la belleza, por cuya conciliación suspiró Keats el idealista, y en fin, el esfuerzo incesante del poeta por

Buscar palabra al silencioso drama  
De la contemplación, mística guerra  
Entre Dios, Padre amante que reclama  
Al eterno extranjero de la tierra,

Y esta Madre de muerte, inmensa y bella  
Venus que al par nos nutre y nos devora  
Y presintiendo que escapamos de ella,  
Con tanto hechizo nos abraza y llora.

Por leer el amor en la espina punzadora, por encontrar las flores en las ruinas, la luz en la oscuridad y en el fango el oro,

Tal era mi tributo. Una confianza  
Una sonrisa, una palabra tuya,  
Retorno abrumador que en mi balanza  
Dios, no un mortal, será quien retribuya.

Si el hombre, de por sí, no es capaz de corresponder a tanta felicidad, el universo, en cambio, sí lo hace con esplendidez:

Pero todo en derredor, la limpia esfera,  
El bosque, el viento, el pajarillo amable,  
Semejaba, en tu obsequio, que quisiera  
Pagar por mí la dádiva impagable.

.....  
Escucha, recelosa de la sombra,  
La blanda codorniz que al nido llama,  
Y al sentirnos parece que te nombra,  
Y que por verte se empinó en la rama.

Y qué mucho que la naturaleza propicie a los amantes, si la amada, cifra y compendio de las perfecciones naturales, está allí presente?

Escúchate a tí misma entre el concento  
De aquella fiesta universal de amores,  
Cuando nos coronaba el firmamento  
Ciñéndonos de púrpura y de flores.

Esas flores murieron. Pero has muerto  
Tú, fragancia inmortal del alma mía?  
Años y años pasaron. Pero es cierto  
O es visión que existimos todavía?

Juntos aquí como esa tarde estamos,  
Y el mismo cielo es ara suntüosa  
De aquel amor que entonces nos juramos  
Y hoy, en los mismos dos, arde y rebosa.

Ahí está el campo, el mirador collado,  
El pasmoso horizonte, el sol propicio;  
La cúpula y el templo no han variado:  
Vuelva el glorificante sacrificio.

**El pasado sólo fue un anuncio del presente:**

Y no ha herido tal vez tu fantasía  
Que aquella tarde insólita, imponente,  
Fue sólo misteriosa profecía  
De este misteriosísimo presente?

.....  
La tarde! la hora del perfecto aroma,  
La hora de fe, de intimidad perfecta,  
Cuando Dios sobre el sol que se desploma  
El infinito incógnito proyecta.

Cuanto es ya el suelo en fuego y tintes falto,  
Es de ardiente el espíritu y profundo;  
Y abiertas las esclusas de lo alto  
Flotamos como en brisas de otro mundo.

Si el amor primero subsiste, como el véspero que  
atraviesa intacto el arrebol inflamado, fácil será afirmar  
su perdurabilidad.

*Rien ne t'efface amour, toi qui nous charmes,* dijo  
Victor Hugo, y Pombo:

Nadie dejó de amar si amó de veras.  
Cuando en árido tronco te encarnices  
Con la segur, tal vez lo regeneras  
Si son como las nuestras sus raíces.

.....  
Dulce es sentir que hay almas y que aman!  
Su amor—inerte el tiempo para ellas—  
Las vuelve al Dios, que férvidas aclaman,  
Como El las hizo, jóvenes y bellas.

Han pasado años, sí... Por fin pasaron!  
Rudo tropel que atravesó el camino!  
Ya, como un nubarrón se dispararon,  
Y nuestro sol a reclamarnos vino.

Y ande el tiempo! y sin fin rondando siga  
La fiel aguja que su afán nos muestra.  
Qué hora marcará que no nos diga:  
«Aquí os amásteis; yo también soy vuestra»?

**Amor, pasado y presente se unimisman:**

Y tú y yo, tierra y cielo, mente y acto,  
Hoy y ayer, la esperanza y la memoria,  
Todo ya es uno, en inefable raptó,  
Fruición anticipada de la Gloria.

Y esa es la juventud: el fugitivo  
Presagio de la eterna, que al conjuro  
Vuelve de Amor, como en miraje esquivo,  
A enseñarnos un bien siempre futuro.

La única realidad es la de la eternidad: pasado y  
presente desaparecen. Si el universo tiene un tiempo  
limitado, el amor no lo tiene cuando éste es eterno!

Y el *sueño* cuál será? La no apagada  
Luz, o esta bruma efímera de invierno?  
Ah! lo que pasa *no es*: es sombra, es nada;  
Y no hay más que una realidad: lo Eterno.

Atando el hilo roto un largo instante  
Sigamos, pues, llorada compañera,  
Hacia atrás, y a la par hacia adelante,  
A nuestro gran *será* que hace años *era*.

Como Fray Luis saliendo del profundo,  
«Decíamos ayer...» también digamos,  
Corra el tiempo del mundo para el mundo:  
Nuestro tiempo, en el alma lo llevamos.

El cantor de la naturaleza y del amor, el magno poeta coronado de gloria, el cóndor viejo, está irremediablemente triste, y yace en un pobre lecho, aislado por su propia voluntad de los hombres y de las cosas. Extraña anomalía que no ha sido la primera en Pombo: el poeta de visión más deslumbradora, el más pródigo de color, el más caudaloso de dicción, encerrado en una mísera estancia en espera de la muerte regeneradora.

Momentos antes de su tránsito final, un tropel de imágenes asediaba al gran romántico, que inmóvil ya, las manos sarmentosas cruzadas sobre el pecho, los ojos abiertos y fijos, soñaba dulcemente. Y veía la casa paterna, y el bullicioso Broadway, y el Niágara caudaloso, y el Gato bandido, y el Renacuajo paseador, y una tarde melancólica de Otoño, y una mañana regocijada de Primavera, y un lago, helado por la vejez y el desconsuelo, y que antes había reflejado el discreto fulgor de las estrellas, y el torbellino sangriento del poniente; y sentía que unas manos delicadas le ceñían una corona, y percibía las acompasadas cadencias de

una voz femenina, que recitaba las postreras estrofas de un soneto:

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche  
Son ceguedad. Feliz el que consulta  
Oráculos más altos que su duelo!

Es la Vejez viajera de la noche;  
Y al paso que la tierra se le oculta,  
Abrese amigo a su mirada el cielo.

JUAN MANUEL ARRUBLA

